

Por Jorge Isaac Cazorla, Académico de la Lengua Española y Dr. en Literatura

La Gruta de la Paz, el santuario del Carchi

De repente, al borde del peñasco, de pie, cubierta de sol, las nubes de lino en sus vestiduras, coronada de estrellas petrificadas, con sus lindos piesecitos que descansan sobre la luna, sus ojos perforan el dombo de piedra para arrancar la misericordia de Dios; en sus labios tiembla el salmo del amor maternal, y en los nardos de sus manos adorantes juguetea el Niño, carpintero de cabellos de oro que amansará los corazones con la miel de las parábolas.

Cercada con blandones de cera, de lirios, de abejas sobre gladiolas y de avejillas en las quiebras...

¡Cuánta claridad en el aire, cuánta sombra de paz en la Gruta! Hállanse el ara y el altar sostenidos por rimeros de piedras que descienden a lo largo con abruptos escalones: zumban los insectos en remolinos invisibles, y sobre los acerados peñascos se eleva al infinito la curva granítica sin clave.

Entre breñas, los lagartos parpadean con ojos de turquesas, las arañas hilanderas tejen redes para captar el rocío, el viento se duerme en el antro, y las ondas del río se deslizan cual zóccalo del santuario y, como ángeles, ascienden al altar yendo a postrarse con sus arpas nebulosas de plata.

El Apaquí, primero se hunde como dragón en la tierra, y huye de los besos del sol del medio día, para sentir sobre el lomo derrotado el peso de luz de la Purísima; luego como gamo cansado salta majestuosamente los tajamares, y repleto ya del cristal transparente, acuarimantino, ya se enreda en los juncos y zarzales que traban el paso e impacientándose con los obstáculos espumea de cólera, ya detiéndose; se precipita en catarata,



Dr. Jorge Isaac Cazorla.

o bien pausa al serpentar por los ribazos mojados con sus aguas, y entonces ríe con espumas sobre las piedras; por fin, corriendo en la arteria de Quebrada Honda se pierde por los declives de los Andes.

Y cuando sobre la Gruta se arroja la noche, seguida de blondas de luceros, las estrellas desflecan palidez en las crestas del Tupalá y del Yaíl, y el divino palacio se enciende con luminarias, cirios, reflectores, con

la raza de faroles eléctricos que inundan de resplandores el trono de la Reina.

Silencio en el ascua de oro; el viento se adormila entre los brazos undosos del río que apenas si quiebra en cantinelas de cristal. Libre, puro, agreste se comba el paladar de la cúpula, con estalactitas que lloran piadosamente gota a gota, mientras el Divino Artista cincela esa vegetación de granito que crece

con las filtraciones de la lluvia...Peñascos, aridez y precipicios: la Gruta es un encanto y cada vez parece nueva creación ese alcázar con diademas de astros, con el espejo de las alas, cortinajes de pino y con el corazón de la Reina de la Paz; ábrese el cielo, las hondas se platean entre flores y cantan escondidos ruiseñores.

¡ Oh Gruta de la Paz, que bebes el llanto de la enamorada de Cristo, de la Magdalena, el suspiro de esperanza del arrepentido Dimas, la confesión del humillado Dídimo! Bajo los dombos de tu cabellera de cuarzo mora como calvario sagrado: el estremecimiento piadoso, el abismo del amor maternal, el salterio colgado en el sauce llorón de dolor; tú tienes, Gruta de la Paz, el alma divina que vivifica toda carne, porque en tu seno resplandece la luz rielante sobre el pétreo torso de la Cordillera de los Andes, donde se abonanza el salvajismo demoníaco del hombre. Ella es la madre del prójimo caído, su amor abraza la Patria augusta y pontifica la naturaleza misma como creación de Dios.

Cuando la tempestad envuelve las cimas con fúnebre manto, y horribles truenos desquician la naturaleza envuelta en pálido sudario, en la salvaje sinfonía del huracán, los relámpagos fulgurán al hundirse en la cañada...Loco de quien se asome al abismo que brama. La humareda espesa, horrible, se eleva hacia las estrelladas tinieblas, a merced de los vientos; precipítase la llamarada loca y chisporrotea con velocidad y prendida en las ramas de los pinos sube a las alturas con torbellinos de chispas; prodigiosa aurora que ensangrenta el cielo, pero que es sofocada por los torrentes descuajados de la lluvia. Y después, el sol, cuyo imperio es de María, ilumina en la calma procreando vida y amor.

El Paraclito diluvió la paz en la frescura de la Gruta, en los altivos ribazos del torrente, en la quietud de las quebradas en el silencio estrellado de las noches; y únicamente se moduló el trisagio que Isaías oyó cantar en el Cielo.

■ ■ ■ ■ Viene de la pag. 34

Los molles, arbustos de pobre vida, rodean la abrazada roca, ejércitos de plantas silvestres de revuelta cabellera asaltan los negros cauces y descienden por las laderas, los matorrales proyectan sombras en las pendiente de los repechos y los añejos y enhiestos pencos erizan las extremidades y las caras de la cima. Tuquer es pobre, su terreno harto escondido para la yunta, cultivase tan solo las parcelas con azadones; pocos rebaños ramonean, maíz escaso e insuficiente para vivir; el pulque es abundoso, diamantino y trasciende a romero al danzar en las jícaras de barro.

En la meseta se extiende el pueblo de La Paz, alegre y sencillo al bregar a la buena de Dios, se honorifica sintiéndose centinela de su tesoro mariano.

En los trabajos de habilidad y taracea que, para ser primorosos, exigen manos de oro no hay obreras que rivalicen con la paceñas: siegan canastos de jazmines, tuberosas y rosales.

Los rebaños bajo los pinos y los pinos a orillas de las vertientes; en los surcos tujan las torcaces y salmodian las perdices; en las besanas y en las cuevas se cuelgan verdolagas silvestres hacia los precipicios, y en las escabrosidades hendidas por el rayo el musgo extiende y flota la abundancia de su barba bellida, que la golondrina veranera sacude con sus alas.

El vaivén de las campanas echadas a vuelo despiertan los llanos y la montaña a la Bendición; humea el incienso, sube al altar la mitra pontifical, se desflecan las flores, calla toda voz, canta solo el órgano polifonías celestiales. Hinchidos están los corazones con el sentimiento de la Patria, el alma se deslumbró y emprende el vuelo hacia el rapto angelical: el Dios vivo, el Pan de vida es adorado en manos del Rabadán mariano.

Con el murmullo del torrente que asciende del ramal, sube también desde las naves del templo hacia la cúpula de basalto la oración del corazón del pueblo: retumba la plegaria: ¡Ave María, gratia plena! Poema de Dios en la declamación del alma de los seres que retumba



La Virgen de La Paz es un santuario Mariano visitado por miles de fieles del norte del país.

en las constelaciones infinitas. Arde y chisporrotea en las copas de los candelabros la olorosa cera azul, blanca y rosada; en los alisos centellean los ojos de los búhos y cruzan parpadeantes los festones de las luciérnagas.

Toda la grandeza y poderío simulados por el hombre no valen una gota del aljofar de la paz perenne que el alma siente ante la Reina de la Gruta. ¡Renegadores de Dios, opresores de los pobres, matadores de inocentes, sepultureros de la Patria...

Ella al blanquear con la sangre del Cordero, el alma quedará como la azucena de los campos, como cuando la piedra se despega de la roña para esplendor sus lentejuelas de plata.

La Inmaculada en la fontana del Gave brota los milagros, la Virgen Negra de Luxemburgo descuaja las muchedumbres de Europa para repletar la Basílica del Gran Ducado, los trenes como escarabajos de acero, trepan hacia el Santuario de Monserrat: amplía es la meseta de Fátima, inmensa la casa de la Guadalupana, como nido

colgado de las breñas del trubulento Guáitara se cuelga el nido de María de las Lajas...Basílicas romanas y góticas descuellan como marianas en El Quinche, El Cisne, Copacabana, Luján, faros de América; pero sólo en la Paz, el cincel del dedo del Creador, Divino Arquitecto, perforó el basalto de Los Andes, buriló la corona diamantina de la cúpula, para entronizar como Emperatriz a su Hija Predilecta; y ordenó al río romper las fauces de la tierra y las piedras reventaron aguas termales, acunó la vega, la amurralló de ramales desgarradores, y entregó en las manos virginales de Ella a su único Hijo muy preciado.

La luz que penetra y barre las sombras, la humanidad doliente que llega hasta la Estrella, la roca albeada por los siglos, el himno que exhala la garganta de los ríos y retumba en las tubas del órgano pétreo, demuestran la sublimidad de la Basílica labrada por el arte del Divino Escultor; dedicada a la Reina de la Paz "porque Dios hizo sólo cosas grandes para Ella".

Dr. Jorge Isaac Cazorla
Docente de la PUCE-SI